Señor Presidente: Señores:

YA no, como en otros dias, al ver congregado al pueblo para celebrar el primero y más glorioso de los aniversarios nacionales, el orador designado para dirigirle la palabra en esta solemnidad, tiene que esforzarse en referir, con los más minuciosos detalles, cuál era la condicion de México durante los tres siglos del Gobierno colonial, ni ha menester tampoco trazar con vivísimos colores el cuadro de la cruenta lucha sostenida once años hasta ver consumada la Independencia. Ya no hay necesidad de turbar la comun alegría con aquellos tristes recuerdos, para vivificar en el espíritu de los mexicanos el amor á la Libertad, y la gratitud y la veneracion á los héroes que nos la legaron. El tiempo, si bien es el destructor de los humanos séres y de sus obras

materiales, no tiene poder bastante para borrar la historia ni sus enseñanzas, y ántes por el contrario, en vez de amenguar con su curso el sentimiento patriótico de las generaciones, á medida que para éstas van siendo más remotos los sucesos que se conmemoran en fiestas como la que hoy nos reune, robustece y acrecienta ese noble sentimiento, conforme va siendo mayor el desarrollo de los gérmenes fecundos de la civilizacion en las masas sociales.

Sereno ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crísis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolucion social, como se conmueve la naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razon por el estudio de las causas y consecuencias de la insurreccion de 1810, vemos que los tres siglos que ántes llamáramos solamente de odiosa servidumbre, no fueron sino una de las etapas que habiamos de recorrer, para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico tuvieron orígen y desenvolvimiento las ideas y los demas elementos constitutivos de la nacionalidad mexicana.

Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusion de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio, conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heróico de su valor y lo singular de su constancia.

No era posible que la nacion dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cejasen en sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí tambien que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mexicanos.

Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podia ménos de suceder: vimos que la conquista española habia sido un bien, toda vez que merced á ella trocóse la sangrienta religion azteca por las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazon poseia, nos habia hecho partícipes, y que, su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo

nos lo habiamos asimilado; comprendimos que podiamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mexicana, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuido al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nacion que fué nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro orígen, y resueltos á no desmentir jamás con nuestros hechos las virtudes que habiamos heredado.

Hé aquí por qué, señores, al comenzar os decia, que esta patriótica ceremonia obedece á muy diversos propósitos, de aquellos á que obedecia cuando era preciso robustecer en el pueblo el amor á sus nuevas instituciones, y hé ahí por qué, hoy, al encontrarme frente á vosotros, en vez de venir á evocar memorias dolorosas, quiero mejor demostraros que la proclamacion de la Independencia reviste más alta significacion que la ya de por sí muy grande de la libertad de un pueblo.

La revolucion iniciada por el inmortal Hidalgo en 1810, no entrañaba únicamente la emancipacion de una colonia que al verse grande y fuerte queria tener vida propia, gobernarse por sí misma, no, era el grito de guerra lanzado en Dolores, la voz de los hijos de la raza latina proclamando

la manumision del esclavo, la igualdad humana, los derechos del hombre, todas las libertades, todos los ideales generosos que algunos años ántes habian germinado en la culta Francia, en cerebros de hombres de nuestra misma raza, y que al desarrollarse en el Nuevo Mundo y muy particularmente en el suelo mexicano, habian de producir los hermosos frutos que á nosotros tocó en suerte recoger. Tan cierto es esto, que entre los nombres de los héroes más preclaros de la Independencia mexicana, brilla con pura é indeficiente luz el de aquel ilustre Mina, quien, sediento de gloria y de libertad, vino de España á compartir los sacrificios de sus hermanos en raza y en ideas, y demuéstranlo tambien los decretos de Hidalgo y de Morelos declarando libres á los esclavos. Cuando viene á mi memoria, señores, el recuerdo de esos decretos sublimes, parece como que se agigantan ante mis ojos las venerandas sombras de los padres de nuestra libertad, y al comprender la alteza de sus miras respecto á la igualdad humana, les hallo más dignos de la gratitud universal, de la gloria y de la inmortalidad, como legisladores, que como caudillos de la Independencia. Y cuenta que se necesita algo muy grande para no admirar preferentemen-

te la sublime abnegacion del Párroco de Dolores al acaudillar turbas casi desarmadas para derrocar con ellas el poder fortísimo arraigado en tres siglos de dominacion, y arrostrar las penalidades de la guerra, las excomuniones de la Iglesia, y el sacrificio de la propia vida, como Hidalgo lo hizo; y se necesita profesar con profunda fe la idea democrática para prescindir, por Morelos legislador, de Morelos gran capitan, de Morelos genio de la guerra. ¡Con razon uno de los más egregios oradores que han ocupado esta tribuna en ocasion igual á la presente, dijo hace cuarenta y cuatro años, que México podia sin rubor presentar al juicio de las generaciones venideras la conducta patriótica de los caudillos de 1810, porque en ella, la crítica más severa, nada encontrará que no sea digno de compararse con los hechos heróicos de los hombres ilustres de Plutarco! ¡Con razon aun en el país ménos dispuesto á hacernos justicia se rinde homenaje á quienes de tan eterna gratitud son merecedores! Dígolo, porque muy pocos dias hace que estampó las siguientes frases una publicacion de la vecina República del Norte:

"¿Ha ocurrido jamas, preguntamos á los maravillosos genios que con tanta facilidad critican á

México y á sus instituciones, que el grande y progresista país llamado los Estados Unidos del Norte, al cual todos tenemos orgullo en pertenecer, toleró la monstruosa institucion de la esclavitud más de medio siglo despues de que totalmente hubiera sido abolida en México, y que aun entónces sólo pudo conseguirse la libertad del esclavo mediante el gasto de una inmensa cantidad de dinero y de un tremendo sacrificio de humanas vidas? Sin embargo, la esclavitud fué abolida en México por el consentimiento libre y espontáneo del pueblo, y este es un hecho que para siempre quedará registrado en la historia, para honra de aquella raza."

Indignos de llamarnos hijos de tan egregios varones, seriamos, si una vez consumada la Independencia que ellos proclamaron, hubiéramos dejado su obra trascendental circunscrita al simple hecho de llamarnos pueblo libre. Era un deber sagrado, ineludible, conducir á la Nacion por la via del progreso moral, tornar en hermosas realidades las que fueron divinas teorías, halagadoras esperanzas y patrióticos anhelos que fortalecieran á nuestros héroes en medio de sus hondas tribulaciones, á la hora de los sangrientos combates que libraron al plantar la semilla del árbol gigantesco á cuya som-

bra hoy nos cobijamos; y que les hicieron ver con estoico valor el patíbulo en que sellaron con su muerte la santa causa que defendian. Una vez libres, no podiamos corresponder á aquel beneficio inmenso, ni podiamos honrar dignamente la memoria de nuestros libertadores, sino continuando la obra que dejaban incompleta, conduciendo á la República á la grandeza. Sacudido el yugo colonial, es decir, gobernándonos ya por nosotros mismos, necesitábamos sacudir otro yugo, el de las añejas ideas, infundiendo á las conciencias las ideas que en pueblos más adelantados habian brotado, para revelar así que la independencia era una conquista del indefinido progreso á que los pueblos están llamados.

¡Qué larga y qué dolorosa fué la nueva etapa que tuvimos que recorrer! ¡cuántos desaciertos, fruto natural de nuestra inexperiencia, hubimos de cometer ántes de dar cima á tan magna empresa!

Ni podia ser de otra manera; que no es obra de un dia, ni de una generacion, cambiar por completo la faz de un pueblo. Y, ésta es, señores, la ocasion de decirlo: no se comprende cómo con tan palpable injusticia pudo denigrársenos en el viejo mundo, cuando al repercutir allí los ecos de nuestras

sociales convulsiones, pregonábase en todos los tonos, que escandalizábamos al mundo con nuestros frecuentes cambios de Gobierno, y con nuestras intestinas discordias. ¿Qué extraño que un pueblo nacido ayer, en los tanteos que hacia para constituirse, errase el camino, cuando están allí en la historia del Universo, trazados con indelebles caracteres, en páginas más sangrientas que las de nuestros anales, no solamente mayores extravíos, sino crímenes cuya narracion pone miedo en el espíritu que se asombra de tanta sangre vertida, no en la conquista de una idea humanitaria y civilizadora, sino por sustituir en los tronos á dinastías odiosas con otras que no lo eran ménos?

No es que trate yo de justificar nuestros errores, recordando los que en mayor escala se han cometido en otras naciones, en las mismas que han vituperado á la jóven é inexperta México, no; quiero tan sólo hacer notar, que maliciosamente y con parcialidad marcada se ha dicho hasta hace muy poco tiempo, que era un pueblo incapaz de gobernarse por sí propio el pueblo mexicano, ó lo que es lo mismo, que nuestra patria no era merecedora de la libertad que con tan grandes abnegacion y heroismo habia alcanzado.